

Ilustración: Óscar Saldarriaga

CRECED Y
MULTIPLICAOS



ELKIN
RESTREPO

El golpe de la nave, al precipitarse a tierra, lo arrojó sobre una formación rocosa, destrozándole el traje espacial pero sin consecuencias mayores. Giraba en la órbita del planeta cuando su vehículo colisionó, no sabía bien si con algún pequeño asteroide o con otra nave, lanzándolo al interior de ese mundo situado en los confines de la galaxia y del cual desconocía todo.

La nave, en forma de escarabajo, tenía partida la pata derecha y la burbuja de cristal de la cabina estropeada. Calculó los destrozos y desperfectos y pronto supo que no estaba a su alcance repararlos. Su esperanza ahora era que los radares y sensores de la nave nodriza lograran ubicarlo en aquel archipiélago de estrellas e intentar sobrevivir entre tanto.

La claridad lunar mostraba una geografía llana con una línea montañosa a lo lejos. Era un paraje solitario y en kilómetros a la redonda no existía un alma a quien acudir. El astronauta estaba, pues, solo, ignorante de su suerte a seguir. Aquella era su primera hora allí.

Era un muchacho de unos veinticinco años y contextura poco común, casi gigantesca. En la arena, mientras inspeccionaba el lugar, observó su sombra alargada, algo insólito para él, porque en su mundo ninguna claridad alcanzaba tal fortaleza y proyección. De vuelta a la nave se metió a la cabina y se tendió en el sillón de mando. El interior parecía no haber sufrido daños serios pero cuando inició el sistema de computación, este no respondió. Sin embargo los refrigeradores con las reservas alimenticias y los proveedores de agua permanecían incólumes, lo que era casi milagroso.

Y vampiros
y demonios
empezaron
entonces a
revolotear
sobre su
existencia
diaria.

Pronto los días y las semanas se fueron sucediendo sin que en el cielo apareciera una señal de un pronto rescate. Obligado a sobreponerse, al desconcierto y frustración iniciales lo siguió luego un raro sentimiento de conformidad, de resignación casi, que más tarde se convirtió en otra cosa que no sabía cómo llamar, pues encontraba que aquel mundo desconocido, contra lo que esperaba, empezaba a competir con sus nostalgias.

En orden a una rutina que le volviera provechosos los días y las noches un descanso, había iniciado una investigación topográfica, además de un inventario general de lo que allí existía, tarea que lo llevó cada vez más lejos en sus correrías por aquella planicie. Allí todo era reciente, como si las labores del Creador aún estuvieran por completarse, y pronto sus libretas, cámaras y archivos digitales se llenaron de observaciones y datos clasificados de manera metódica, atendiendo a la naturaleza detallada de cada objeto y criatura observados; además de imágenes de un sinnúmero de especies y materias sin un nombre aún pero a las cuales les daba una identidad, numerándolas y haciéndolas parte de un infinito logaritmo.

En su individualidad y conjunto las veía maravillosas, tan diversas y múltiples a las de su mundo bajo tierra, cubierto de glaciares, donde ni la abundancia ni la variedad eran ley. Acá la dificultad estribaba en cómo llamar, qué nombre darle a cada especie, tan numerosas y diferentes, y dentro de cada una, a cada individuo, algo para lo que su lenguaje no era lo suficientemente dúctil y rico, aplazando el problema para cuando fuera rescatado —aún mantenía la esperanza— y se iniciaran las expediciones científicas a través de aquel conjunto infinito de realidades anónimas. Postergaba, pues, dadas las circunstancias, todo bautizo o nominación para dicha eventualidad, y en esa expectativa tampoco cesaba ni daba por terminadas sus labores. Cuando en la noche, frente al panel de mando, intentaba comunicarse, invariablemente le respondía un silencio abismal.

Una mañana, poseído de un ánimo distinto, tomó un trozo metálico y lo lanzó al aire. Vio cómo el sol destellaba en él y sintió que ese sencillo juego lo

distraía y lo ayudaba a no pensar en su soledad y en si saldría vivo de allí algún día. Se volvió una práctica y un reto lanzarlo cada vez más alto para, de cara al sol, verlo cubrirse de reflejos, hasta cuando, con la nueva estación, repentina para él, llegaron las lluvias y el sol apenas asomó entre tantas nubes cargadas moviéndose sobre la planicie. Sus incursiones también terminaron entonces.

Medroso ante el poder de aquellas lluvias y el viento atroz, que amenazaban con desmantelar su refugio, por primera vez la idea de que nadie vendría ya en su rescate y moriría allí olvidado le llegó como una certeza. Por primera vez el buen ánimo y las fuerzas lo traicionaron. Culpaba a ese invierno que se echaba encima de su existencia como una sombra malsana y le calaba los huesos y lo hacía sentir aún más abandonado. Y vampiros y demonios empezaron entonces a revolotear sobre su existencia diaria.

Una tarde, cuando hasta respirar se le hacía angustioso, planeó caminar hacia el oeste, donde el clima quizá fuera otro y otro el destino que lo esperaba, diferente al menos a ese lento podrirse allí, invadido por la humedad y la vegetación marañosa que ahora envolvía y aherrojaba la nave como una maldición. Buscaría el mar, un clima menos crudo, y superaría la situación, cada vez más al límite por los meses pasados sin señal alguna de rescate.

Al cabo de una semana vislumbró una llanura que anunciaba el mar. Sin embargo, una niebla baja y rojiza la cubría, impidiéndole ver más allá de unos cientos de metros. Aunque lo dudó, acabó por internarse en ella, pero kilómetros adentro no supo dónde estaba. Allí al menos no llovía ni había relámpagos ni el viento ululaba como un dios loco, aunque el calor era sofocante. Pero confiaba en que pronto la niebla se disiparía, surgiendo al fin el océano (el gran océano que desde la nave había visto), y en ese afán continuó la marcha.

Luego, el terreno se tornó cenagoso, obligándolo a detenerse repetidamente, de manera que la idea de que apenas avanzaba empezó a acosarlo. Cuando, sobreponiéndose, intentó seguir adelante, supo que todo esfuerzo era inútil y que aquella aventura lo único que dejaba en claro era el grado de desespero en que se encontraba. Al intentar volver sobre sus pasos descubrió que sus huellas se habían borrado. Estaba perdido.

Atardecía cuando la niebla empezó a despejarse; la llanura apareció a lo lejos y una ola luminosa se fue acercando rápidamente y pronto lo alcanzó y se extendió por todas partes. Ahora contemplaba la sabana en toda su extensión e intuía el mar allá donde el color amarillo se hacía más débil e impreciso. Cuando más tarde advirtió que de nuevo la niebla se levantaba, antes de que lo alcanzara, dio vuelta atrás.

Las tempestades habían terminado por volcar la nave, arrastrándola al barranco. Pese a su estado, aún le sirvió de refugio y allí esperó a morir.

Un día, mientras yacía en un sueño opaco, escuchó sonidos intermitentes que confundió con los de la lluvia sobre la cabina pero que, al prolongarse, descubrió que provenían de la computadora cuyo encendido automático intentaba sostenerse. Al fin le llegaban signos de otro lado, un aliento en aquellos tiempos inclementes. Pensó en la nave nodriza e imaginó que para su situación se acercaba al fin un desenlace.

La pantalla se iluminó pero, pese a que por momentos estuvo a punto de definir una imagen y emitir un mensaje, no mostró nada. Todo quedó ahí, para desgracia del muchacho, pues de nuevo fue el silencio, acompañado ahora de una frustración más honda. Sucedió en dos o tres ocasiones más, en fechas distintas, hasta que, sin mayores resultados, el computador se apagó.

Entonces lloró, lloró por él y por su vida a la que, cerrándola tristemente, se le había cruzado suerte semejante.

Semanas después el clima cambió y los días cálidos y hermosos volvieron, y él advirtió en su corazón el aleteo de algo indefinible y bueno que al menos le ayudaba a soliviantar tanta pesadumbre. Miraba aquel cielo primaveral que marcaba con su transcurrir el paso de las cosas y se decía que aún estaba vivo y que, mientras así fuera, conservaría la fe y el valor de merecer esa vida, por más solitaria e insignificante que fuera. Trataría de llevarla adelante, enfrentando con todos sus medios la adversidad.

Otra vez se ocupó de las tareas investigativas y otra vez inició sus andanzas por aquel campo reverdecido, rico en aromas, en el que excitadas manadas de bestias, que él no sabía cómo llamar, pero de cuyos hábitos y costumbres tomaba cuenta, competían por tener un lugar.

Una mañana recordó el trozo de metal. Lo lanzó mientras el sol estuvo alto, tornando a ese juego cada vez que tuvo ocasión, hasta que un día sucedió lo que menos esperaba.

De un monte lejano saltó un reflejo que, pese a la distancia, alcanzó a ver. ¿Qué podía ser? Caviló hasta que, movido por una intuición, volvió al juego con el metal, descubriendo cómo aquel destello remoto respondía al suyo. Sintió que el corazón se le apretaba: allí había alguien y buscaba comunicarse con él. ¡No, no estaba, pues, solo! Pensó en aborígenes, en algún nativo de aquel planeta extraviado en el universo, aunque nunca los había visto ni hallado huellas o pruebas de su existencia. Sin embargo, *allí había alguien*, y eso cambiaba su situación.

Entonces, con una melodía en su corazón enfiló hacia el cordón de montañas.

Atardecía cuando llegó.

Lo primero que encontró fue un lugar arrasado por la explosión de una nave estrellada contra la ladera, quién sabe cuándo. Por el impacto era muy difícil que hubiera sobrevivientes. Examinó los restos diseminados pero no encontró pistas que le permitieran saber de qué nave se trataba, cuál el escuadrón al que pertenecía, cuál su insignia. Tampoco halló el cadáver del piloto, seguramente alguien perteneciente, como él, a una de las tantas legiones interstelares lanzadas a la conquista de nuevas galaxias. Quizá la explosión lo había calcinado por completo y lamentó su infortunio. ¿Lo había confundido el efecto del sol sobre aquellos fragmentos dispersos en la montaña? Recordó, sin embargo, que en algún momento los reflejos se habían hecho intermitentes, como si intentaran construir un mensaje. O eso le pareció.

En el horizonte la tarde se extinguía en colores pálidos, sobre los cuales primaba un violeta intenso que no demoró también en desaparecer. Tendría

que pasar la noche allí; ahora no escuchaba ninguna música en su interior, reemplazada por un dictado de cosas tristes y vacías que minaron su ánimo aún más y lo pusieron a pensar en el sentido que tenía su vida allí, sin con quien compartirla.

En la ladera, un centenar de metros más arriba, oculta por el follaje, descubrió una caverna. Al penetrar en ella advirtió elementos del avión que habían sido arrastrados hasta allí: un trozo de casco de la turbina, el asiento de pilotaje, los restos retorcidos del computador, la escotilla y un conjunto de objetos menudos —piedras, raíces, cabezas y huesos secos de animales— que en su disposición y orden remedaban de manera perturbada e infantil un ámbito doméstico. ¿Alguien había sobrevivido al accidente? ¿O se trataba de algún aborigen, tosco al organizar su guarida?

Sin embargo, allí vivía alguien, no había duda.

Quedaba esperar, y aunque no dejó de hacerlo, nadie vino aquella noche ni el siguiente día ni el otro. Al amanecer del quinto día, sobresaltado, se despertó. Alguien estaba allí y vigilaba su sueño desde la entrada de la caverna. Una figura se recortaba en aquella luz temprana, una presencia todavía fantasmal que parecía salida de su sueño y que lo contemplaba con incredulidad y prevención.

El muchacho se incorporó de un salto y antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, de nuevo estaba en el piso con la rodilla de la criatura aprisionándole el pecho. Sobre su cara vio un puño de acero amenazante y unos ojos que parecían leer su mente, adelantándose a cualquier intención. Con un ojo desorbitado y la piel desgarrada en varias partes de su anatomía, que dejaban al descubierto el elemento robótico de que estaba hecha, la sorpresa fue aún mayor: ¡El atacante era un *cyborg*, una *cyborg* hembra, su contextura no dejaba dudas. En su universo los construían para engañar con sus artes amatorias a los forasteros y luego matarlos, y quizás fuera esto lo que hacía ahora con él, inspeccionarlo, palmo a palmo, esculcarle la conciencia para averiguar de quién se trataba.

Pronto sintió que la presión aflojaba y que pese a los riesgos y peligros que entrañaba una criatura como esa, nada tenía que temer: la *cyborg* lo había reconocido como un ciudadano de Nus, su planeta común. ¿Cómo había ido a parar allí? No creía que la *cyborg* lo supiera o pudiera saberlo, no estaba construida para responder a ese tipo de preguntas; ellos, los *cyborgs*, carecían de pasado, lo que los hacía también más seguros en el momento de cumplir una misión. Tal vez realizaba alguna tarea o simplemente huía, como eran cada vez más frecuentes los casos, en alguna nave sustraída en la oscura noche nusiana, para perderse en el mapa de una nueva galaxia y experimentar, más allá del amor y la delación, nuevas empresas y, por alguna causa desconocida, había acabado en aquel lugar.

La *cyborg* le ayudó a incorporarse. Era tan alta como él y en otro tiempo, como tantas de ellas, quizás fue un robot bello, muy bello. Lo seguía siendo pero a la manera como lo es una mujer que no sabe qué mal la habita y la migraña no le da respiro. Los daños y desperfectos, causados por la intemperie



Ilustración: Óscar Saldarraga

y los accidentes, él podía corregirlos, cubrir su piel con tejido seccionado de las caderas y muslos y, poco a poco, aplicando sus conocimientos de genética y robótica, reemplazando chips, circuitos, sistemas, devolverle mucho de su antiguo esplendor. Tendrían que trasladarse a su refugio, abajo en la planicie, para aprovechar el instrumental que portaba la nave y cuidar, como buen experto, de las reacciones biomecánicas y de su estado posterior. Por lo pronto, el azar —el mismo que mueve la mecánica del universo—, los había juntado allí, en aquel planeta azul, y eso era lo fundamental. ¡Ya no estarían solos!

Sin decírselo, supieron que aquella era una inesperada gracia que se les concedía y que no debían perder o malgastar, y que en ese tiempo que los esperaba hacia adelante, tan inextricable como cualquier otro tiempo, deberían cuidar el uno del otro y, en cumplimiento del mandamiento de un nuevo Génesis, amarse y multiplicarse. ■

Elkin Restrepo (Colombia)

Poeta y narrador. Sus últimas publicaciones: *La orfandad de Telémaco* (cuentos, Ed. Sílabas, Medellín, 2011); *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (poesía, Ed. Sibila, Sevilla, 2012) y *A un día del amor* (relatos breves, Ed. Eafit, Medellín, 2012).